



XXV.

ASOMABA el sol por el Oriente. Su disco, menos deslumbrador en el horizonte, dejábase ver rojo y redondo entre nubes rotas y orladas con franjas de oro. Purísimo el cielo y de un azul profundo, era como una mar inversa suspendida en el espacio, donde semejaban bogar una barca luminosa, que era el astro rey del día, y volar unas velas ligeras, que eran las nubes. Estaba empapada la tierra por los fuertes aguaceros de la noche anterior; oscura por la humedad, y llena de baches y de charcos, que brillaban con la luz, como fragmentos de espejo rotos y dispersos por su superficie. Ostentábase la vegetación por donde quiera lozana y brillante, lavada del polvo que empañaba sus hojas y

tiernos brotes, y alegre con su inusitado verdor. Todo parecía renovado y placentero sobre la tierra; como si hubiese salido nuestro globo más joven que nunca del seno de la tempestad y de la noche.

Pero don Miguel, que caminaba para Citala en aquellos momentos, no veía nada de todo eso, abstraído en profundas meditaciones. Cuando salía de su absorción, era para enfadarse por el mal estado del camino, donde solían resbalar las patas de su caballo, ó dar en algunos agujeros cubiertos de lodo, cuyo contenido arrojaban al rostro del jinete. No estaba tranquilo Díaz ni contento de sí mismo. Habíale sido imposible conciliar el sueño durante la noche; pasola pensando en sus venganzas, y preguntándose con terror si se habrían ó no realizado. Estaba arrepentido de su arrebató, y deseaba ardentemente que por cualquier circunstancia no hubiesen sido obedecidas sus órdenes. Alimentaba la secreta esperanza de que á causa del mal tiempo, se hubiera suspendido su ejecución, tanto en el Palmar como en Citala, y llevaba el firme propósito de hablar con don Santiago, tan luego como llegase al pueblo, para rogarle que pusiese en libertad

á Roque, ó le mandase á la capital, como quisiese, con tal que no le matase. No era tan perverso en el fondo; sino más bien aturdido, tenaz y soberbio. Habíase criado en la atmósfera feudal del campo, donde se adquiere el hábito de guardar poco respeto á ciertas garantías individuales, y no era escrupuloso en el uso de su autoridad. Varias veces había castigado á sus mozos con su propia mano, lanzándolos de sus tierras, prendiendo fuego á sus chozas, encerrándolos en las trojes y poniéndolos en el cepo; pero, hasta entonces, jamás había atentado á la vida de ninguno. Llenábase de espanto y remordimiento, al pensar que había puesto el pie en esta pendiente resbaladiza. En vano traía á la memoria el recuerdo de otrós hacendados homicidas de gente rústica; por más esfuerzos que hacía, no lograba tranquilizar su conciencia. Gritábale ella que nadie tenía derecho para disponer de la vida de los semejantes, y que todos los que vertían sangre humana, habían de dar á Dios estrecha cuenta de su conducta. Hondamente preocupado con estas ideas, sentía impaciencia y miedo de llegar á Citala; habría deseado tener alas para entrar

luego en la población, y á la vez, que se prolongara la senda de un modo indefinido, para no tocar nunca al término del viaje.

Entraba ya en la primera calleja del pueblo, cuando encontró á un hombre de á pie, que salía con dirección al campo. Reconoció con sorpresa cuando estuvo cerca. Era uno de los albañiles enviados al Palmar.

—Amo, le dijo acercándosele, qué fortuna habele incontrado.

—¿Qué pasa? preguntó don Miguel deteniendo la cabalgadura.

—Cosas muy malas, señor; estamos perdidos.

—¿Por qué?

—Porque nos han descubierto.

—¿Rompieron la presa por fin?

—Sí, señor amo; pero como andaba cerca el almenistrador del Palmar con muchos vaqueros, nos vieron y se pusieron á seguirnos. Yo solo me les juí; pero al mestro y á los otros compañeros los agarraron. Como estaba la noche tan oscura y llovía tanto, me perdí y no pude irme pal Chopo; así es que me vine pa cá, ya muy tarde, antes de la madrugada. Al llegar po aquí, vide un tropel de gente, y reconocí al mes-

tro y á los otros piones. Pasé junto á ellos, y pude hablar con el que venía en la cola, y me dijo que el almenistrador les había dado una güena cintareada y los iba á ajusilar, y que había tenido que desembuchar todo, y que quién sabe que les iría á suceder.

Don Miguel se sobresaltó por extremo.

—¿Quién venía con los presos? preguntó.

—El amo don Pedro en persona, señor amo, y muchos vaqueros. Los traiban en cuerda amarrados de las manos. ¿Qué me aconseja su mercé que haga? ¡Pa allá iba!

—Que te largues lo más aprisa posible, y que no vuelvas al Chopo por mucho tiempo. Toma para el viaje. Esta es tu gratificación. Y don Miguel le dió cuanto dinero en plata llevaba en el bolsillo. No encontrándose más monedas, sacó de la cartera un billete de Banco y se lo dió también. Todo esto con mano trémula y rostro demudado.

—Amo, dijo el albañil, y este papel mugroso ¿pa qué es?

—Es dinero, hombre, vale veinte pesos.

—¿Quién lo ha de querer! Es más mejor que me dé morralla.

—No traigo; pero no tengas cuidado,

donde quiera que entregues ese papel lo reciben por su valor.

— ¡Conque ansina, señor amo! exclamó el albañil estupefacto. ¡Haiga cosa! Y se quedó viendo el billete con incredulidad, en tanto que don Miguel continuaba la marcha.

Ocurriósele á éste no entrar en Citala, sino rodear la población y echar á correr; pero ¿hacia dónde? ¿por qué? Tal vez no habría peligro para él. Todos le temían y respetaban en el pueblo; no habría quien se atreviese á molestarle. Sobre todo, tenía que orientarse antes de tomar cualquier resolución.

Había otra cosa que no le permitía marcharse desde luego: su incertidumbre sobre la suerte de Roque. ¿Viviría? ¿Habría muerto? No podía tener paz mientras no lo supiese; y, si era tiempo aún, quería dar contraorden para que no le matasen. La congoja que le ocasionaba su ignorancia sobre esto, impulsábale á entrar en el pueblo para averiguar lo que había pasado. Inspirábale confianza su amistad con Méndez. Don Santiago le favorecería en cuanto pudiera. Lo que él le aconsejara, eso haría.

Una vez resuelto á obrar así, continuó la marcha pensativo, seguido por Marcos, su fiel criado. Llegaba ya á la puerta de su casa, cuando vió avanzar por el extremo opuesto de la calle y caminando hacia él, un grupo de gente acompañado de gendarmes á caballo. Diole un vuelco el corazón sin saber por qué, y sintió que un frío glacial le corría por las venas. Como el grupo y él seguían avanzando, se encontraron al fin.

¿Qué fué lo que vió entonces el espantado Díaz? Sobre una tabla, conducido por cuatro campesinos y atado con toscas cuerdas, un cadáver rígido y amarillo. La ropa miserable que le cubría, calzones y camisa de gruesa manta, estaba cubierta de sangre, principalmente en el pecho, donde la hemorragia coagulada y abundantísima, había tomado tintas más oscuras, casi negras. Sobre la frente, entre la negra é hirsuta cabellera, pegada y endurecida por la sangre, veíanse grandes cuajarones de color rojo, mezclados á partículas blancas de la masa encefálica. El lívido rostro, vuelto al cielo, tenía una expresión de angustia y de sufrimiento que partía el corazón; los

ojos entreabiertos y vidriados fascinaban con su mirada mortecina; y la abierta boca, oscura y llena de tierra, parecía exhalar no escuchados ayes y quejas.

Rodeaban el cadáver los gendarmes, y le seguía muchedumbre curiosa. En medio del grupo venía una mujer llorando y dando alaridos de dolor. Traía una criatura de pecho, sujeta con el rebozo á la cintura y cargándola con el brazo siniestro, en tanto que con la mano derecha conducía á otro niño como de cuatro años, descalzo y harapiento.

—¡Roque! ¡mi Roque! ¡mi marido! gritaba la mísera. ¡Me han matado á mi marido! ¡Me lo han matado! ¡Hijos! ¡hijitos! ¡pobrecitos! ¡están huérfanos! ¡Qué hago? ¡qué hago? ¡qué hago? ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Al pasar junto á don Miguel, viole y díjole sollozando:

—Señor don Miguel, ¿ya lo vé? ¡Me han matado á mi marido! ¡es ése que va ay, en esa tabla! ¡Qué hago, señor don Miguel? ¡qué hago? ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Más lívido que el difunto se puso Díaz al ver la escena y al oír aquellos lamentos; no supo de sí, no veía ni oía nada: había caído en un abismo de terror, á donde no

llegaban los ecos del mundo que le rodeaba. El caballo, por hábito, condújole al zaguán de su casa. No tuvo conciencia de haberse apeado de él, ni de lo que hizo, ni á dónde fué, ni cuánto tiempo pasó absorto, hasta que le pareció que despertaba y se vió sentado en el sofá de la sala, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Punzábanle las sienes, y tenía en los oídos el acento de la viuda:

—Señor don Miguel, ¿ya lo vé? ¡Me han matado á mi marido! ¡es ése que va ay en esa tabla! ¡Qué hago, señor don Miguel? ¡qué hago?

¿Qué había de hacer? Llorar, sufrir, pedir lismona, llevar á sus hijos de puerta en puerta para recoger mendrugos de pan. Ese era el porvenir que le esperaba. ¡En qué precipicio había caído él, Díaz! ¡Qué era lo que había hecho! ¡Quién le hubiera dicho que había de acabar en asesino! Porque él tenía la culpa de aquella desgracia; él, sólo él. Verdad era que don Santiago le había instigado á resolverla, y que aquel era el responsable directo del crimen; pero en sus manos hubiera estado el evitarlo, y había firmado esa sentencia de muerte. ¡Có-

mo remediar el mal? ¿cómo volver atrás? Si hubiera podido deshacer lo hecho y tornar á la vida á aquel infeliz ; con cuánto placer lo hubiera realizado! ; aun á costa de cualquier sacrificio! Maldita para siempre la necia cuestión que había emprendido contra su compadre don Pedro. ¿Qué necesidad había de entrar en tan atroces reyertas, sólo por disputarle un miserable pedazo de tierra? La verdad era que había obrado mal en todo; su conciencia se lo gritaba. Había sido necesario sufrir la horrible conmoción de aquel espectáculo, para arrojar la venda de los ojos y ver las cosas con claridad. ¡Hasta dónde le habían conducido sus malas pasiones! Que don Pedro tenía más tierras que él. ¿qué le importaba? Que había construído una fáblica de azúcar magnífica. . . ¡mejor que mejor! Que se hacía rico y poderoso, y que todos le elogiaban y rendían homenaje. . . ¡á las mil maravillas! ; Le hubiera dejado disfrutar en paz aquellos beneficios, y se hubiera consagrado á atender á sus negocios sin preocuparse por los ajenos! . . . Pero ahora ; qué remedio! ; Qué iba á suceder? ; cuál sería el desenlace de la situación?

Era preciso tomar bajo su protección á la viuda de Roque y á los huerfanitos. Les daría una casita en el pueblo para que vivieran, y una mesada para que se mantuviesen. A los niños les compraría vestidos nuevos, los pondría en la escuela y les daría juguetes para que se divirtieran. pero ¿cómo les indemnizaría la pérdida de su padre? Esto no era posible. . . . Tenía también que destruir otra injusticia: la que había cometido con Pánfilo Vargas. ¡Le daba vergüenza recordar su conducta con ese sirviente!

Devanábase los sesos pensando en estas cosas, y no se acordaba de sí mismo. Tenía el corazón tan lacerado, que poco le importaba su propia suerte; no se preocupaba en lo más mínimo por lo que le pudiera acaecer. Lo capital era subsanar los males que había hecho, del modo más eficaz y rápido que fuese posible. ¡Pronto! . . . ¡A remediar la desgracia de aquella familia desamparada, para alivio de su conciencia y para que Dios le perdonase! ¡A mandar decir misas, muchas misas por el alma del pobre Roque, que sabe Dios si estaría en pecado cuando le sorprendió la muerte!

Sumido se encontraba en estas reflexiones, cuando oyó pasos en la estancia, notó que unas sombras se interponían entre él y la luz, y sintió que dos personas se sentaban en el sofá, á un lado y otro del sitio que él ocupaba. A poco escuchó la voz de su esposa, que le decía cariñosamente:

—Hijo, aquí estamos, miranos; Ramona y yo.

Abrió los ojos don Miguel, y se halló en medio de las dos mujeres. Mucho tiempo hacía que, preocupado por sus rencores, no sentía el amor de la familia; apenas hablaba con ellas, y se mostraba duro y violento en el hogar. Ahora que había cambiado el estado de su alma, sentía renacer la ternura conyugal y paterna en el fondo del corazón; de modo que tendió una mano á su esposa y otra á su hija, sin decir palabra. Ellas, que le querían tanto, que estaban sedientas de efusiones cariñosas, y que le miraban sufrir en aquellos momentos, cogieronlas entre las suyas, estrecháronlas contra el pecho, y las cubrieron de besos.

—Hijo, repitió doña Paz con dulzura ¿qué piensas hacer?

—¡Hacer! dijo Díaz sorprendido; en qué!

—Para salvarte, repuso su esposa.

—No comprendo....

—Tengo que decírtelo para que tomes el partido que quieras. Dentro de poco vendrá la autoridad á prenderte.

—¡A mí! dijo Díaz sobresaltado.

—Sí, á tí.

—¿Por qué?

—El pueblo se vuelve lenguas hablando de tí y de don Santiago Méndez. Sobre todo, Figueroa, el huizachero, anda vociferando, que está dada orden de prisión en tu contra por el alcalde.

—Pero ¿de qué me acusan?

—De cosas horribles; estoy segura que son calumnias. Ese mismo huizachero las ha de haber inventado. Dicen que anoche fué destruida la presa del Palmar por comisionados tuyos, y que la hacienda de don Pedro está ahogada, toda ahogada. Pero yo no lo creo. ¿No es verdad que no es cierto?

Bajó la cabeza don Miguel y no contestó.

Doña Paz fijó en su rostro una mirada angustiada.

—Agregan, prosiguió, otra cosa todavía peor.... Que por intrigas tuyas mandó

asesinar el presidente municipal á un caporal de mi primo. Esto sí que no puede ser cierto. . . . Tú no eres tan malo.

Díaz lanzó un suspiro, y quedó absorto, con la vista fija en la alfombra, como si estuviese contemplando alguna cosa fascinadora y horrible. Madre é hija se miraron con asombro doloroso; ambas tuvieron el presentimiento de que aquellos cargos no eran infundados. Observaban que don Miguel no tenía fuerzas para negar los hechos, ni aun para protestar contra la calumnia; y, sobre todo, la expresión de su rostro le delataba.

— Como quiera que sea, dijo doña Paz llevándose el pañuelo á los ojos, lo urgente es que te salves. ¿Qué haces aquí sin moverte, cuando dentro de pocos momentos van á llegar los alguaciles?

— Tienes razón, repuso don Miguel sacudiendo la cabeza, es preciso huir.

Luego se puso en pie y dijo con acento extraviado:

— Mi caballo ¿dónde está mi caballo?

— Acabo de verle en el corredor; anda, no tardes.

Dió don Miguel unos pasos, y luego volvió atrás.

— Pero ¿á donde voy? dijo.

— A la capital, repuso doña Paz precipitadamente, ó al campo, ó á otra hacienda, ó á la sierra; á donde quiera, con tal que no te prendan.

— ¿Y cuándo nos volveremos á ver?

— Espero en Dios que pronto; pero ¡vete, por vida tuya!

Entonces se dirigió Díaz maquinalmente al corredor, se acercó á su caballo, cogió la rienda y montó. Su esposa y su hija le siguieron ansiosas. Marcos venía detrás montado también.

Llegaban ya al zaguán, cuando se oyeron pasos precipitados junto á la puerta.

Luego sonó el aldabón. Doña Paz y Ramona se sobresaltaron; don Miguel se tornó lívido. Sólo Marcos conservó su entereza; sabía de lo que se trataba, porque no se hablaba de otra cosa en Citalá. Echó mano al rifle que llevaba pendiente de la funda de cuero, por detrás de la silla, y se puso al lado de Díaz.

— Amo, no nos demos, le dijo ¿quere que nos defendamos? Aquí me tiene pa servile. ¡Saque también su *cueté*!

El aldabón volvió á sonar repetidas veces y como con prisa.

—No, repuso don Miguel echando pie á tierra, ya pasó ese tiempo. Mete el rifle en la funda y abre la puerta.

—¿Luego nos damos? preguntó Marcos amostazado.

—Sí, no queda más remedio.

El fiel servidor obedeció, aunque de mala gana. Apeóse á su vez, ató las bestias á un pilar con mano febril, y fué á hacer lo que se le mandaba.

Abrióse la puerta y entraron don Pedro, Gonzalo y otras personas. Al verlas puso-se doña Paz delante de su marido, para cubrirle con su cuerpo, y Ramona se abrazó á él fuertemente para disputarlo á sus enemigos. Don Pedro avanzó imperturbable, hizo á un lado á doña Paz con la diestra, y llegando hasta don Miguel tendióle entrambos brazos, diciéndole:

—¡Compadre, un abrazo de paz!

Díaz se quedó estupefacto, sin comprender lo que oía.

—¡Vamos, repitió don Pedro, un abrazo, compadre! Todas han sido puras locuras;

no volvamos á hablar de ellas. Quiero que sigamos amigos.

Y sin esperar la respuesta, enlazole con ellos, juntamente con Ramona, que no se le había separado.

—Estos hombres, prosiguió Ruiz, son los albañiles de su hacienda, que vienen á ver qué se le ofrece, porque ya se vuelven al Chopo. Mándeles lo que quiera....

Como callase don Miguel:

—Váyanse, señores, cuando quieran, les dijo. ¡Vayan con Dios, están libres!

Los albañiles parecían alelados y dudosos; pero como les fué repetida la orden, se apresuraron á marcharse llenos de sorpresa y regocijo.

—Aquí tiene Ud. este papelito, volvió á decir don Pedro mostrando á Díaz la carta dirigida á Méndez para que matase á Roque, y estos expedientes, donde se le había mandado aprender.

Don Miguel se estremeció al reconocer las mal aconsejadas líneas escritas de su mano, y al mirar el cuaderno de instrucción criminal, cubierto con el sello del juzgado, que llevaba escrito en el forro con letras gordas: “Criminal.—Contra Miguel Díaz

por ataque á la propiedad y por asesinato. . . .” y comprendió que había estado perdido.

—¡ Pero esto no vale nada. . . . para nada lo quiero! continuó Ruiz y con propia mano redujo los papeles á menudos fragmentos.

Don Miguel no sabía de sí. Sintió un nudo en la garganta y un gran impulso en el pecho. Por un movimiento espontáneo, más rápido que su pensamiento, arrojose sollozando en brazos de don Pedro. Estrechole largamente contra el corazón; y murmuró bajito:

—¡ Perdón!

Aquella palabra acabó de iluminar el espíritu y el rostro de don Pedro. Había procedido hasta entonces como enemigo generoso, habíase dolido de su hijo, á quien amaba más que á su vida, y de Ramona, á quien miraba con indecible ternura, y de doña Paz, por quien sentía veneración; pero todo lo había hecho contra su voluntad y sosteniendo una lucha formidable consigo mismo. Pero al oír que su compadre daba salida por fin á aquella palabra humilde y suplicante, sintió que se desvanecía su

odio, y que no quedaba en su corazón más que dulce afecto, y cordial benevolencia; porque esa palabra tan breve, significaba el reconocimiento de los pasados errores, la confesión de las injusticias cometidas, y el arrepentimiento por los males causados. No necesitaba más para que desapareciese de su alma toda nube que pudiese empañar su nobleza, y, comprendiendo que su compadre era más bien débil que perverso, tuvo para él ya no rencor, sino piedad; ya no ira, sino misericordia.

Y levantándole en alto con brazo robusto, le tuvo buen espacio estrechamente enlazado.

—¿De suerte que no hay ya temor de nada? preguntó doña Paz radiante de dicha.

—De nada, absolutamente de nada, contestó riendo don Pedro. Todo está arreglado con el alcalde y con Figueroa. . . . Pero lo que es á Méndez no le arriendo las ganancias. Vamos á tener el gusto de ser mandados por Figueroa dentro de pocos días. Eso nada nos importa. Dejemos á los políticos que se hagan pedazos. ¿Qué nos vá, ni que nos viene con la política?

—Compadre, dijo don Miguel, con man-

sedumbre, necesito pagarle los perjuicios.

—¡Quién habla de perjuicios!

—No, lo que es eso, sí, es indispensable.

—Bueno, ya lo arreglaremos después.

—Ahora, Pedro, dijo doña Paz riendo, sólo nos falta que nos reconciliemos tú y yo.

—Y Ud. y yo, tío, agregó Ramona con donaire infantil

—Vámonos reconciliando, pues, contestó don Pedro con rostro placentero. Y abriendo los brazos, estrechó en uno á la madre, y en otro á la hija.

—¡Que Dios te bendiga! díjole doña Paz.

—¡Y que á mí me perdone! pensó don Miguel, levantando los ojos al cielo.

Momentos después, sentados todos en la sala, y juntos Gonzalo y Ramona, díjole aquel á ésta con tierno acento:

—¿Ya ves, Ramona? Al fin podremos realizar nuestro viaje.

—¡Cuán bueno es Dios! murmuró la joven sonriendo y con lágrimas en las mejillas, que parecían rosas cuajadas de rocío.

FIN.

*Acabóse de imprimir este libro el lunes 3
de Enero de 1898, en la Imprenta de
Victoriano Agüeros, situada en la
calle de la Cerca de Sto.*

Domingo núm.

4.

ERRATAS NOTABLES.

PAG.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
6	1	<i>heorreando</i>	<i>chorreando</i>
11	3	fuese	fuele
12	2	ves . . . queara . . .	través . . . que
13	última	islas	sillas
29	4	bienhecores . . .	bienhechores
	13	marhea	marca.
33	22	pisoneaa	pisoneara.
56	21	empujándole <i>el</i> . . .	empujándole al
58	3	tiene	tenga
60	última	sanger	sangre
105	6	habiad artido . . .	había partido.
118	última	<i>la</i> cruzó	le cruzó
119	18	<i>hacian</i> aparecer . .	hacia aparecer
128	13 y 14	proteja . . reconci- lie	protejan re- concilien
132	15	Los de don Miguel mozos	Los mozos de don Miguel,
143	19 y última	invasores . . . re- presión	invasores . . re- presión
149	24	dijoles	dijo
161	7	hasta que	hasta á que

PAG.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
165	6	idea de hacer lo que	idea de <i>que he de</i> hacer lo que
191	8	tiene usted razón, <i>pues</i>	tiene usted razón, pero
218	16	Amo, <i>le</i> dijo.....	Amo, dijo
222	23	<i>traigo</i> gente	tengo gente
229	11	¡Alto <i>hay!</i>	¡Alto ay!
254	19	puede <i>haberse</i>	puede haber
270	19	hacerles.....	hacerse
282	5	no <i>le</i> amaba.....	no la amaba
	7	prometido.....	pronosticado
283	2	Dominada	Dominado
299	19 y última	hombre, excepciona- l de aquellos, que	hombre excep- cional, de a- quellos que,
359	14 y 15	<i>imprudencia</i>	<i>impudencia</i>
379	11	piezas, de baile de	piezas de bai- le, de
	19	calzaban.....	calzaba
418	penúltima	pares.....	partes
419	2	destindes	deslindes



